

PRINCIPALES Y SECUNDARIOS EN LA ESCENA LITERARIA

Jaime OLMEDO RAMOS
Real Academia de la Historia

En el último siglo, la creación literaria se ha visto condicionada en exceso por algunos de los protagonistas secundarios de la República de las Letras. En este trabajo, se recensionan las dos últimas obras de Germán Gullón que tratan sobre el mercado editorial, en primer lugar, y sobre el papel de la crítica literaria, en segundo lugar. Ambas obras reivindican el papel sustantivo y protagonista de la verdadera literatura, frente a interferencias más o menos interesadas.

Palabras Claves: Literatura, editoriales, crítica literaria, ética.

Main and Supporting Actors on the Literary Scene

Abstract: During the last century, literary creation was excessively conditioned by many of the secondary figures of the Republic of Letters. This essay reviews Germán Gullón's last two works, which deal, in the first place, with the publishing marketplace and, in the second, with the role of literary criticism. Both works argue for the primary role of true literature, as opposed to other more or less self-interested interferences.

Key Words: literature, publishing houses, literary criticism, ethics.

Esta es una crítica a una crítica de la Crítica. Ni ésta, ni ésa ni aquella existirían sin la Literatura, raíz nutricia de todo discurso secundario, a la que, sin embargo, se ha pretendido trasplantar de su condición necesaria y suficiente. *Una Venus mutilada* pretende —y logra— oxigenar un espacio para nuevas sementeras.

Hace ya más de cuatro años que Germán Gullón publicó *Los mercados en el templo de la literatura* (mayo de 2004), en que trataba de la evolución editorial a medida que la imprenta —el otro gran descubrimiento del siglo XV junto con la aguja magnética, según Friedrich Schlegel— se fue democratizando y los libros comenzaron a entrar en circuitos comerciales. Desde entonces, en un complejo proceso, se ha pasado de la vida casi vagabunda de los primeros impresores-libreros de incunables a los actuales grupos empresariales de edición. Desde los primeros éxitos de ventas ocasionados con la Reforma o con obras de ficción —caballeresca o amorosa—

en el siglo XVI, libro y mercado comienzan a interactuar. Ya en el XVII, un autor como Lope de Vega en su "Epístola a Antonio Hurtado de Mendoza" —en *La Circe* (1624)— reconoce partir a medias con la necesidad "el estado de versos mercantiles", y tres siglos después de la *Biblia* de las 42 líneas, Torres Villarroel afirma sin ambages en el "Primer trozo" de su *Vida* (1743), que los doce libros de que es autor "todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme".

Los mercaderes en el templo de la literatura se centraba en el siglo XX —con el que culminaba, según Gullón, la Edad de la Literatura iniciada en la centuria decimonónica— y denunciaba los excesos a que se había llegado en todos los estadios del proceso literario: de ahí que dedicase apartados al autor "como marca comercial", al "libro-espectáculo", a los "circuitos literarios" (premios y reuniones académicas regidos por el sistema *do ut des*), al mundo editorial, a la crítica literaria en la prensa especializada, etc., evidenciando los extremos de la mercantilización de un bien cultural inserto en la cadena productiva y de consumo. Una situación que provoca con frecuencia el desenfoque de la realidad y convierte la relación entre calidad literaria y mercadotecnia en algo complejo. Sin embargo, una conclusión errónea tras la lectura del libro sería pensar que rentabilidad y calidad son incompatibles, pues en absoluto se defiende tal exclusión.

Con ser ya mucho el análisis preciso de este estado de cosas, la obra de Germán Gullón era algo más, pues acusaba al esteticismo de la decadencia de la literatura y diagnosticaba dos de las causas principales: la desvinculación de arte y vida y el encanto por la forma. Más que un retorno —imposible, por otra parte— al realismo decimonónico, el autor propugnaba una revitalización de la literatura, una rehumanización del arte, una reivindicación contenidista; precisamente, el despojarse de tal dimensión es lo que ha convertido a la literatura del siglo XX "en un arte irrelevante" (pág. 157) cuando en realidad la forma es ancilar en arte y ni siquiera la belleza depende exclusivamente de ella como afirmaba Gullón en la última página de su ensayo. Y es que aún no se ha resuelto el debate sobre la verdad y el valor del arte (pág. 40), y hay que plantearlo de nuevo; el discurso de ingreso de Álvaro Pombo en la Real Academia Española (20 de junio de 2004) —y su contestación por Carmen Iglesias— titulado *Verosimilitud y verdad*, fue, en aquellos meses, la última reapertura de este debate con una clara apuesta, en su conclusión, por el deseo de verdad frente al deseo de belleza.

Los mercaderes en el templo de la literatura no fue solo una disección de la realidad literaria más inmediata; es un estudio de sus causas, y, sobre todo, un aviso que cuestionaba el futuro y exploraba "la función del libro literario en el horizonte cultural de comienzos del siglo XXI" (pág. 31),

un futuro que pasa por aunar la transitividad más allá del mero texto y las renovaciones formales logradas en el último siglo.

Ahora, en *Una Venus mutilada*, imagen de Proust para el artículo periodístico en busca de lector, Germán Gullón enfoca su lente sobre otro de los integrantes del proceso literario: la crítica, que ilustra en sí gran parte de una esfera cultural deturpada, y a la que, en ello, Gullón asigna “el cincuenta por ciento de la culpa” (pág. 97). Más que al acercamiento desinteresado del lector (lo que Ricardo Senabre denomina *estadio precrítico*), Gullón se centra en la crítica inmediata o informativa que crece en los suplementos culturales, cuya legitimidad examina.

En sus cuatro capítulos, así como en su introducción y final, *Una Venus mutilada* se ocupa del origen y actualidad del crítico literario, de sus fortalezas y debilidades, de sus riesgos y retos, de su proceder, de sus armas y sus deberes. Gran parte de estas cuestiones son tratadas en la intersección que forma la literatura artística y la de entretenimiento (los *superventas*), para la que Gullón reclama apertura incluyente y franqueza de actitud que facilite un tránsito entre autores y lectores —capaz de asumir lectura literaria y lectura de asueto— en muchas ocasiones entorpecido por el comercialismo y el sectarismo, cuando hace casi ciento cincuenta años que Sainte-Beuve reclamaba ya para la crítica el papel de juez frente al de abogado.

La imagen del crítico como un *surfista* (págs. 80–81) contrasta mucho, en su superficialidad y ligereza, con la del arriesgado aviador que Ortega atribuyó al crítico Juan de la Encina en el brindis en su honor publicado en *El Sol* el 14 de junio de 1925 y que le hizo identificar la crítica con “una fábrica de enemistades” solo sostenible por la bravura y la medida.

De nuevo en esta obra, Gullón vuelve a rechazar el “artisticismo ultra” (pág. 21) que olvida —o menosprecia— la proyección del autor–hombre en sus obras, a objetar “la autonomía del arte literario” (pág. 104), el literalismo de la “orfebrería verbal” (pág. 117) como único valor de una realidad cultural minoritaria, mientras se desatiende la humanización, que no ha de caer, por otro lado, en vulgaridades realistas de brocha gorda o productos culturales infantilizados. Presuponiendo el cuidado estilístico y en la línea del interés ético defendido para la literatura por Cesare Segre en “*Etica e letteratura*” —ampliación del discurso pronunciado con motivo de su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada el 6 de junio de 2003 e incluido en su *Tempo di bilanci. La fine del Novecento* (2005)— o de su utilidad en la vida que le confirmó Antoine Compagnon en la lección inaugural de su cátedra en el Collège de France el 30 de noviembre de 2006 y vertida al español como *¿Para qué sirve la literatura?* (2008), Germán Gullón reclama la importancia colectiva de la obra de arte, la litera-

tura adherida a la realidad, la ambición de temas hondos y atemporales que pretendan explicar la complejidad del hombre y del mundo.

Con un estilo ilustrado de eficaces imágenes y acertados pasajes enteramente alegóricos, frente al “todo vale del individualismo liberal a ultranza” (pág. 15), Gullón reclama la autenticidad del crítico y el volteo de sus cartas. He aquí, tras una buena mano, las suyas boca arriba.

Germán GULLÓN, *Una Venus mutilada. La crítica literaria en la España actual*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.